

EN LA GUERRA, UCRANIA ESTÁ PERDIENDO Y RUSIA ESTÁ SIENDO DERROTADA

Por el Dr. Alberto Hutschenreuter

Cuando terminó la Segunda Guerra Mundial, el general francés Charles de Gaulle sostuvo que en Europa había dos países que perdieron la guerra mientras que los demás habían sido derrotados.

Las palabras del líder francés se referían, por un lado, a los dos países que perdieron la guerra –Alemania e Italia– y, por el otro, al estado de ruindad en el que había quedado sumida buena parte del continente, con bajas de casi 40 millones de militares y civiles.

Empero, había en esa frase un diagnóstico estratégico preciso que pocos entendieron: el poder de Francia y Reino Unido, que habían ganado la guerra, descendía frente a los grandes poderes emergentes de la conflagración, Estados Unidos y la Unión Soviética. En estos términos, la victoria de las potencias europeas, que ya habían acusado el tremendo impacto de la Primera Guerra Mundial, tenía un regusto a derrota.

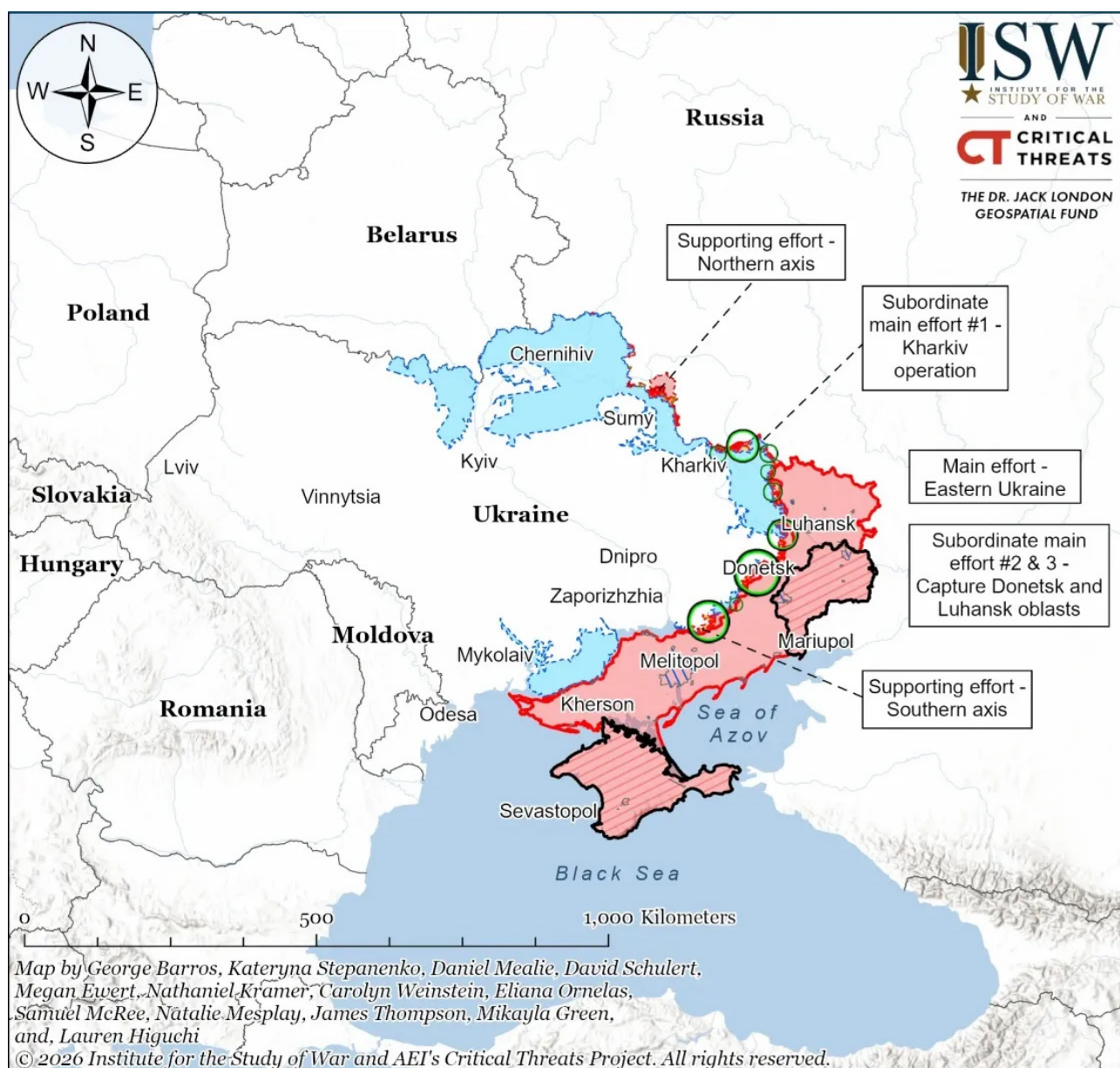
Podríamos aplicar este diagnóstico en la guerra que asola a Ucrania desde hace casi cinco años. Una confrontación que, si bien no tiene una parte categóricamente victoriosa hasta el momento, sí tiene una parte que está perdiendo –Ucrania– y otra que está ganando pero que acaso está siendo “derrotada” –Rusia–.

Es muy difícil, por no decir imposible, que Ucrania logre vencer a Rusia, entendiendo por victoria que sus fuerzas expulsen a las fuerzas rusas del este y sur del país, e incluso de la península de Crimea (anexada o reincorporada a Rusia, dependiendo desde dónde se mire el hecho, en 2014). Si ocurriera tal escenario improbable, Rusia se encontraría reviviendo tres espectros militares juntos: 1856 (derrota en Crimea), 1905 (derrota ante Japón) y 1914 (derrota frente a Alemania); y el régimen se hallaría en serias dificultades para mantenerse, ya que podría incluso encontrarse ad portas de una gran convulsión, una nueva era de tumultos¹.

Al día de hoy, Ucrania es un país cuyo territorio se encuentra ocupado en un 20% y que libra una guerra defensiva para la cual requiere efectivos, mientras que su infraestructura energética, económica y demográfica se halla casi colapsada, y solo se mantiene convida gracias a la ayuda financiera y militar europea. Si bien es cierto que la industria militar nacional ha logrado un importante desempeño.

Asimismo, si bien es verdad que Ucrania ha desarrollado una ventaja tecnológica que asocia tableros digitales, drones y vehículos no tripulados, y que le permite llevar ataques al territorio ruso basados en

¹ En la historia de Rusia, la “Época de los Tumultos” comenzó en el siglo XVI e implicaba amenazas externas y crisis interna de forma simultánea.



Mapa del territorio ocupado y frentes de batalla hacia el 1 de septiembre de 2026. Fuente: Institute for the Study of War and AEI's Critical Threats Project.

lo que se denomina “violencia de precisión”, sería un desacierto vincular dicha ventaja con posibilidades de victoria: la realidad es que, en esta fase de la guerra, acaso la más peligrosa desde febrero de 2022, la situación de Ucrania es crítica.

Por su parte, Rusia mantiene la iniciativa en el frente, que tiene una extensión aproximada de 1000 kilómetros desde Kupiansk hasta Kherson, situada esta última a 150 kilómetros de Odesa, dato por demás importante si consideramos que Rusia, según el jefe de Estado Mayor de las Fuerzas Armadas Valeri Gerásimov, “no se detendrá hasta llegar a la desembocadura del Danubio”. Esta iniciativa se debe, en gran medida, a la suma de recursos humanos (si bien habría mermado el reclutamiento) y al ingreso de importantes recursos económicos por las ventas de petróleo, gas y metales. Esta dependencia de los recursos naturales hace que la economía rusa sea una basada en la tierra, o como se le dice peyorativamente en Occidente, una economía fósil o Kalashnikov. Esto es, en resumidas cuentas, una economía “vieja” y, tal como el fusil, “irrompible, barata y con escasa tecnología”.

Ahora bien, que un actor mantenga en la guerra la iniciativa y posea una cantera de recursos materiales y humanos no significa que se encuentre cerca de alcanzar la decisión o la victoria. Por el contrario, puede suceder que el prolongado tiempo de confrontación, la enorme cantidad de bajas y las exigencias de capacidades provoquen en la parte que conserva la iniciativa una creciente sensación de frustración, aun si dicho actor está entrenado para guerras extensas.

Esto último es lo que ocurre en la guerra de desgaste que está sucediendo en Ucrania: el esfuerzo y el costo que está significando para Rusia guarda cada vez menos relación con los logros alcanzados (entendido como las conquistas territoriales).

En el trabajo realizado por los expertos Seth G. Jones y Riley McCabe, *Russia's Grinding War in Ukraine* (Center for Strategic and International Studies, Washington, January 27, 2026), se reporta que, entre febrero de 2022 y diciembre de 2025, Rusia experimentó 1,2 millones de bajas (muertos, heridos y desaparecidos). Dentro de esta enorme cifra, se estima que Rusia habría sufrido entre 275.000 y 350.000 soldados muertos.

En relación con el territorio, el informe remarca las dificultades que afronta Rusia para avanzar en el terreno. En los primeros meses que siguieron a la –denominada por Moscú– “Operación Militar Especial”, las fuerzas rusas se apoderaron de 115.000 km², pero luego los ucranianos recuperaron territorios. En 2024, Rusia capturó 3.600 km², y en 2025, 4.800 km², totalizando desde febrero de 2022, algo menos de 120.000 km² (cifra que incluye Crimea), es decir, aproximadamente el 20% del territorio de Ucrania.

Frente a estas realidades, la cuestión geopolítica se vuelve crucial en relación con la relativización de la “victoria” rusa hasta el momento en la guerra, pues si lo que pretende Rusia –un actor protohistóricamente territorial– es contar con profundidad estratégica en Ucrania con el fin de restaurar la seguridad indivisible regional-continental, es decir, que ninguna parte (OTAN o Rusia) obtenga ganancias geopolíticas en desmedro de la otra, lo obtenido en materia de conquista sabe a poco, mientras que el costo para Rusia ha sido mucho.

El experto George Friedman, presidente de Geopolitical Futures, sostiene que la oposición de Putin a poner fin a la confrontación se debe precisamente a la realidad sobre el terreno: “Hacer la paz sobre esa base socavaría la credibilidad de Putin”.

Por tanto, deberíamos acaso considerar que una victoria para Rusia implicaría capturar entre el 40 y el 50% del territorio de Ucrania (aproximadamente el tamaño de Polonia). Solamente en ese escenario, el país-continente –como lo denominaban los geógrafos alemanes– alcanzaría profundidad estratégica y amparo geopolítico. De no lograrlo, Rusia estaría siendo “derrotada”.

Por ello, el factor tiempo resulta crucial. Se dice que en la guerra este corre a favor de Rusia. Ahora, ¿de cuánto tiempo más estamos hablando, un año, cinco años...? Si bien es cierto que con el paso del tiempo el desgaste podría hacer colapsar a Ucrania, también afectaría considerablemente a la economía rusa. Esto último es relevante no solo en relación con indicadores y realidades actuales cada vez más inquietantes (muy bajo crecimiento, suba de precios, recortes, caída de la demanda, venta de hidrocarburos a precios menores a los del mercado, medidas de “seducción” arancelaria por parte de Estados Unidos sobre clientes clave de Rusia, problemas de productividad, rezago tecnológico, cuestiones demográficas, caída de la inversión extranjera, retroceso espacial y dependencia de China, por citar algunos), sino con la eterna asignatura pendiente de Rusia: su modernización económica y tecnológica.

La modernización de Rusia es fundamental para que deje de ser solo un gran poder y se transforme finalmente en una potencia completa. Rusia ya es grande y rica, pero resta que logre ser cabalmente estratégica en la misma manera en que ya lo son Estados Unidos y China, es decir, que sea un actor que cumpla

un papel de gran escala en todos los circuitos de poder internacional. En este sentido, la modernización es la “gran guerra” que debe batallar Rusia en el siglo XXI.

Si Rusia volviera a posponer la modernización –pues ya lo ha hecho en repetidas ocasiones, desde tiempos soviéticos–, no dejaría por ello de ser un actor de orden internacional, pues por su tamaño, ubicación, recursos, poder nuclear, condición “V-3” en la ONU (voz, voto y veto), entre sus muchas condiciones o activos, Rusia se halla entre “los que pueden”, como decía Tucídides cuando se refería a los poderosos de entonces. A pesar de esto, Rusia no es un poder estratégico de orden internacional, ya que estos no son solo “los que pueden” sino también aquellos a los que “se necesita”, y frente a los cuales todos mantienen deferencia.

En resumen, Rusia mantiene la iniciativa en la guerra, lentamente va imponiendo su voluntad y por ahora el tiempo y las capacidades corren a su favor. Pero si se consideran algunos factores en el terreno, los problemas que acechan y asechan –en las dos acepciones de la palabra– y las necesidades o imperativos domésticos que ya no pueden esperar, quizá Rusia está siendo derrotada.

Hasta hoy, la lógica geopolítica nos ayuda a comprender y debatir dinámicas y procedimientos de una Rusia en vigilia estratégica y en estado de guerra. Pero si la geoeconomía y las tecnologías cuánticas no son colocadas pronto por encima de aquella –que nunca será abandonada, por supuesto, porque para nuestro Rusia el mundo siempre será un sitio peligroso–, el país se hallará ante un horizonte incierto y borroso, como el que se le presenta al viajero francés hacia el final del film *El arca rusa*, tras un recorrido de tres siglos por la riquísima cultura e identidad de ese país previo a 1917.